

## EMILIA PARDO BAZÁN

« Doña Emilia Pardo Bazán — dice Marcelino Menéndez Pelayo — mujer joven, agradable y discreta, favorecida largamente por los dones del nacimiento y de la fortuna, ha encontrado en su propio impulso y vocación inconstrastable los medios de adquirir una prodigiosa cultura intelectual, superior quizás á la de cualquiera otra persona de su sexo, de las que actualmente escriben para el público en Europa, sin excluir país alguno, ni aun aquellos donde cierto género de obras de imaginación está totalmente entregado al ingenio de las mujeres. Lejos de limitarse al cultivo de las bellas letras que por sí solas no pueden dar más que una cultura superficial y vacía de contenido, se ha internado en los laberintos de las ciencias más desemejantes, más abstrusas y áridas, comenzando por hacerse dueña de los instrumentos de trabajo indispensables para tal fin, es decir, de las principales lenguas modernas y de las antiguas ó clásicas. Sucesivamente se ha desplegado su actividad en las más opuestas direcciones, recorriéndolo todo, desde las ciencias del cálculo hasta las ciencias naturales, desde la historia hasta la filosofía y desde la especulación mística hasta la novela realista. »

## EL VOTO

---

Sebastián Becerro dejó su aldea á la edad de diez y siete años y embarcó con rumbo á Buenos Aires provisto, mediante varias oncejas ahorradas por su tío el cura, de un recio paraguas, un fuerte chaguatón, el pasaje, el pasaporte y el certificado falso de hallarse libre de quintas — que, con arreglo á tarifa, le facilitaron donde suelen facilitarse tales documentos.

Y en la travesía, le salieron á Sebastián amigos y valedores. Llegado á la capital de la República Argentina, diríase que un misterioso talismán — acaso la higa de azabache que traía al cuello desde niño — se encargaba de removerle obstáculos. Admitido en poderosa casa de comercio subió desde la plaza más infima á la más alta, siendo primero el hombre de confianza, luego el socio, por último el amo. Tan rápido encumbramiento se explicaría — aunque no se justificase — por las condiciones de hormiga de nuestro Becerro, hombre capaz de extraer un billete de Banco de un guardacantón. Tan vigorosa adquisividad — unida á una probidad de autómatas y

á una laboriosidad más propia de máquinas que de seres humanos — daría por sí sola la clave de la estupenda suerte de Becerro, si no supiésemos que toda planta muere si no encuentra atmósfera propicia. Las circunstancias ayudaron á Becerro, y él ayudó á las circunstancias.

Desde el primer día vivió sujeto á la monástica abstinencia del que concentra su energía en un fin esencial. Joven y robusto ni volvió la cabeza para oír la melodía de las sirenas posadas en el escollo. Lenta y dura compresión atrofió al parecer sus sentidos y sentimientos. No tuvo sueños ni ilusiones: en cambio tenía una esperanza.

¿Quién no la adivina? Como todos los de su raza, Sebastián quería volver á su nativo terruño, fincar en él y deberle el descanso de sus huesos. Á los veintidós años de emigración, de terco trabajo, de regularidad maniática, de vida de topo en la topinera, el que había salido de su aldea pobre, mozo, rubio como las carbas del maíz y fresco lo mismo que la planta del perro en el regato, volvía opulento, cuarentón con la testa entrecana y el rostro marchito. Fué la travesía — como al emigrar — plácida y hermosa, y al murmullo de las olas del Atlántico, Sebastián, libre por vez primera de la diaria esclavitud del trabajo, sintió que se despertaban en él anhelos extraños, aspiraciones nuevas, vivas, en que reclamaba su parte alicuota la imaginación. Y á la vez, viéndose rico, no viejo, dueño de sí, caminando hacia la tierra, dió en una cavilación rara, que le fatigaba mucho: y fué que se empeñó en que la Providencia, el poder

sobrenatural que rige el mundo, y que hasta entonces tanto había protegido á Sebastián Becerro, estaba cansado de protegerle, y le iba á zorregar disciplinazo con las de alambre: que el barco embarrancaría á la vista del puerto, ó que él, Sebastián, se ahogaría al pie del muelle, ó que cogería un tabardillo pintado, ó una pulmonía doble. Como de estas aprensiones suele padecer el que se acerca á la dicha esperada largo tiempo. Y con superstición análoga á la que obligó al tirano de Samos á hechar al mar la rica esmeralda de su anillo, Sebastián, deseoso de ofrecer expiatorio holocausto, ideó ser la víctima, y desechando antojos que le asaltaron al fresco aletear de la brisa marina y al murmullo musical del oleaje, si había de prometer al Destino construir una capilla, un asilo, un manicomio, hizo otro voto más original, de superior abnegación: casarse sin demora con la soltera más fea de su lugar. Selemnizado interiormente el voto, Sebastián recobró la paz del alma, y acabó su viaje sin tropiezo.

Cuando llegó á la aldea poníase el sol entre celajes de oro; la campiña estaba muda, solitaria é impregnada de suavísima tristeza; todo lo cual es parte á sacar chispas de poesía de la corteza de un alcornoque, y no sé si pudo sacar alguna del alma de Sebastián. Lo cierto es que en el recodo del verde sendero encontró una fuente donde mil veces había bebido siendo rapaz, y junto á la fuente una moza como unas flores, alta, blanca, rubia, risueña; que el caminante le pidió agua, y la moza, aplicando el jarro al caño de la fuente, y sosteniéndolo después, con bíblica

gracia, sobre el brazo desnudo y redondo, lo inclinó hasta la boca de Sebastián, encendiéndole el pecho con un sorbo de agua fría, una sonrisa deliciosa y una frase pronunciada con humildad y cariño: «Beba, señor, y que le sirva de salud».

Siguió su camino el indiano, y á pocos pasos se le escapó un suspiro, tal vez el primero que no le arrancaba el cansancio físico; pero al llegar al pueblo recordó la promesa y se propuso buscar sin dilación á su feróstica prometida y casarse con ella, así fuese el coco. Y, en efecto, al día siguiente, domingo, fué á misa mayor y pasó revista de getas, que las había muy negruzcas y muy dificultosas, tardando poco en divisar, bajo la orla abigarrada de un pañuelo amarillo, la carátula japonesa más horrible, los ojos más líricos, la nariz más roma, la boca más bestial, la tez más curtida y la pelambreira más cerril que vieron los siglos; todo acompañado de unas manos y pies como paletas de lavar y de una gentil corcova. Sebastián no dudó ni un instante que la monstruosa aldeana fuese soltera, solterísima y no digo solterona, porque la suma fealdad, como la suma belleza, no permite el cálculo de edades: cuando le dijeron que el espantajo estaba á merecer no se sorprendió poco ni mucho, y vió en el caso lo contrario que Polícrates en el hallazgo de su esmeralda al abrir el vientre de un pez: vió el perdón del Destino, pero... con sanción penal: con la fea de veras, la tea expiatoria. «Esta fea — pensó — se ha fabricado para mí expresamente, y si no cargo con ella, habré de arruinarme ó morir».

Lo malo es que á la salida de misa había visto también el indiano á la niña de la fuente, y no hay que decir si, con su ropa dominguera y su cara de pascua y por la fuerza del contraste le pareció bonita, dulce, encantadora, máxime cuando, bajando los ojos y con mimoso dengue, la moza le preguntó «si hoy no quería *aguina* bien fresca». ¡Vaya si la quería! Pero el hado, ó los hados (que así se invocan en singular como en plural) le obligaban á beber veneno, y Sebastián, hecho un héroe, entre el asombro de la aldea y las bascas del propio espanto, se informó de la feona, pidió á la feona, encargó las galas para la feona y avisó al cura y preparó toda la ceremonia de los feos desposorios...

Acaeció que la vispera del día señalado, estando Sebastián á la puerta de su casa, que proyectaba transformarse en suntuoso palacete, vió á la niña de la fuente, que pasaba descalza y con la herrada en la cabeza. La llamó, sin que él mismo supiese para qué, y como la moza entrase al corral, de repente el indiano, al contemplar tan linda indefensa — pues la mujer que lleva una herrada no puede oponerse á tales demasías — la tomó una mano y la besó, como haría algún galán del teatro antiguo. Rióse la niña, turbóse el indiano, ayudóla á posar la herrada, hubo palique, preguntas, exclamaciones, vino la noche y salió la luna, sin que se interrumpiese el coloquio, y á Sebastián le pareció que, en su espíritu no era la luna, sino el sol de Mediodía lo que irradiaba en oleadas de luz ardorosa y fulgente...

— Señor cura — dijo pocas horas después al pá-

rroco, yo no puedo casarme con *aquella*, porque esta noche soñé que era un dragón y que me comía. Puede creerme, que lo soñé.

— No me admiro de eso — respondió el párroco reposadamente.

— Pues el caso es que tengo hecho voto. ¿Á usted que le parece? Si le regalo la mitad de mi caudal á esa fiera, ¿quedaré libre?

— Aunque no le regale usted sino la cuarta parte, ó la quinta...

Sin duda el cura no era tan supersticioso como Becerro, pues éste, antes de casarse con la bonita, hizo donación de la mitad de sus bienes á la fea, que salió ganando, pues no tardó en encontrar marido muy apuesto y joven. Lo cual parece menos inverosímil que el desprendimiento de Sebastián. Verdad que ~~en~~ ~~frase~~ del miedo.

LA LEVA

Y

EL FIN DE UNA RAZA

POR

JOSÉ MARÍA DE PEREDA